



Ilustración: Daniela William

★
PREMIOS NACIONALES**Bendita chancha**

Colomba Jesús Caroca Valdés

Recuerdo que hace un par de años, en un tiempo en que vivíamos en la casa de los abuelos, aquí en Villa Alegre, estaba yo sentada en el regazo de mi padre escuchando las mil y una historias que contaban mis tíos después del almuerzo dominical, tal vez intentando alargar infinitamente ese momento de reunión o acortar las largas y calurosas tardes de verano. Como sea, recuerdo que me encantaba escuchar las historias, que si bien no las entendía del todo, eran para mí muy familiares, ya que siempre se repetían en cada encuentro familiar; varias de ellas ya me las sabía de memoria. Aún recuerdo esas risotadas y gritos al contar las historias de niñez y juventud, tantas anécdotas que con el paso de los años van quedando grabadas en la vida de las personas, y de paso iban quedando grabadas en mí, por osmosis, por decirlo de algún modo. Eran historias añejas, sin tiempo claro, llenas de nostalgia, algunas tristes que recordaban gente que ya no está; otras, la mayoría, llenas de alegría, recordando locuras de juventud.

Recuerdo que esa tarde había un vecino nacido y criado en Villa Alegre, que con guitarra en mano entonaba algunas canciones y entre canción y canción narraba algunas historias nuevas para mí, historias de Villa Alegre, de su gente, de sus orígenes. Contó una en particular que hablaba de una mujer que vivía hace muchos años en el sector del Cruce de la Arena, cerca de la casa de mis abuelos, a unos dos kilómetros más precisamente. Esta mujer vivía sola en una casona grandota; de ella se contaban mil historias: que era una mujer que hacía conjuros y que practicaba magia negra. Vivía sola; las malas lenguas decían que había matado a su pareja por celos, y que había hecho un pacto con el demonio, debiendo entregarle un alma cada año a cambio de vida eterna y riquezas; de no hacerlo, su alma se iría al infierno...

Una tarde cualquiera, esta mujer quiso matar a una chancha que ella tenía, un animal grandote y de mucha fuerza. Ya con varios años encima, la mujer no fue capaz de sujetar al animal, y enredándose en las cuerdas, cayó y se azotó la cabeza en el suelo, quedando inconsciente. Dicen que el animal, al ver a la mujer tirada, comenzó a saciar su hambre y se la comió por completo. La verdad es que nadie en el pueblo se extrañó de la ausencia de la mujer, ya que era un tanto ermitaña y de poca comunicación. Con el paso de los días, a lo mejor semanas, quizás meses, comenzaron a notar lo abandonada que se encontraba su casa y la dieron por desaparecida. Así pasaron también los años y con ellos los rumores y chismes de su desaparición. Decían que cada invierno, cuando una persona con un alma pura pasaba por fuera de la casona, se aparecía esta gigantesca chancha intentando atacarla y matarla. Decían que el alma inquieta y malvada de esta mujer se había quedado dentro del animal, y confundida, aún buscaba un alma para entregarle al demonio, y así cumplir con su parte del pacto para seguir “viva” y no irse al infierno.

Cuando escuché esta historia, sentí como un frío recorría mi espalda. Miré a mi padre y él con cara de asombro ya me estaba observando; nos miramos con complicidad: algo raro había y nosotros lo habíamos vivido... En el invierno de ese año, salimos de casa de mis abuelos, mi padre, mi hermano y yo; fuimos a la casa de unos amigos de papá. Recuerdo que se nos hizo tarde, casi oscurecía, y al intentar irnos a casa, nuestro auto no partió, así es que decidimos caminar. No era muy lejos, aunque tampoco cerca, pero estaba bien; después de todo, iba a ser entretenido igual. Caminamos tranquilos; si bien estaba bajando neblina, la calle estaba iluminada. Después de un rato de caminar nos percatamos de que más adelante, el camino se hacía oscuro, las luces del alumbrado habían bajado su intensidad y la visibilidad era poca; a ratos uno que otro vehículo pasaba por la calle, dándonos pistas del camino... Aún recuerdo que al pasar por una casa grande sentimos a lo lejos el guarrido de una chancha; en un primer instante no le dimos importancia y seguimos caminando; segundos después,

sentimos en nuestros talones a ese bendito animal: era una chancha enorme, la vi gigante, e intentaba atacarnos. Apuramos el paso por varios metros hasta no escuchar los chillidos del animal; nos reímos nerviosamente de ese pequeño susto, pero no terminábamos de tomar un poco de aliento cuando nuevamente apareció la chancha, pisándonos los talones, con un gruñido de rabia y exhalando vaho por la trompa, vapor que se confundía con la ahora más espesa niebla que había bajado; venía corriendo hacia nosotros, casi pisándonos los pies, casi mordiéndonos el alma... Nos aferramos mi hermano y yo a las manos de mi papa, y corrimos, corrimos harto... ¡pero sentíamos que no avanzábamos! La chancha también corría y se escuchaba siempre cerca de nosotros, corriendo, como buscando su presa... Corrimos, corrimos y corrimos hasta llegar a la casa de mis abuelos. Al llegar, el corazón se me salía por la boca; no se escuchaba más ese animal endemoniado; al parecer, todo había pasado... Solo quedaba respirar, por fin, aliviados.

Todo quedó en una anécdota esa noche, una historia de susto, risa y nerviosismo, hasta ese día en que escuché la historia de este vecino y la chancha poseída, que me hizo erizar la piel, y hoy al recordarla nuevamente, siento otra vez ese frío que recorre mi espalda... Tal vez todo sea una coincidencia, una broma de la vida, quizás solo haya sido una bendita chancha... O tal vez no. A lo mejor deberíamos ponernos a pensar en todo esto, porque para serles sinceros, como dice el dicho, yo no creo en las brujas, ¡pero de que las hay, las hay!

Colomba Jesús Caroca Valdés
13 años
Villa Alegre
Región del Maule
Primer lugar nacional
Primer lugar regional